

GENEALOGÍA E HISTORIZACIÓN EN LA PSICOSIS INFANTIL*

*Esperanza P. de Plá***

El acercamiento al mundo de la psicosis infantil utilizando el instrumento psicoanalítico es una de las experiencias clínicas más impactantes que conozco. Reúne lo más doloroso y lo más siniestro; lo más destructivo y desesperante para el analista, pero cuando esto se revierte, genera situaciones hermosamente creativas e inolvidables.

Largo es el camino recorrido para llegar al material clínico que ocupa el lugar central en este escrito, tanto en lo que se refiere al tiempo de relación analítica que había transcurrido entre Martín y yo (tres años y medio efectivos con una interrupción de un año), como en lo que se relaciona con la evolución de mis ideas. Los escritos de Dolto (3), Maud Mannoni (8) y Pankow (9) fueron importantes en este proceso, así como el diálogo permanente sostenido con Juan Carlos Pía.

La cuestión del lugar de los padres en el análisis de niños y especialmente de niños psicóticos es un punto clave para quienes laboramos en este campo y a la vez es una de las preguntas más difíciles de responder. ¿Hasta dónde incluirlos y de qué modo? Seguimos encontrando colegas que trabajan exclusivamente con el niño y que envían a los padres (sobre todo a la madre) a análisis personal con otras personas, al estilo del clásico tratamiento de Lebovici y Joyce McDougall (6). Quizás más frecuente en el presente en Latinoamérica es que los padres y otros familiares directos del pequeño sean tratados como grupo familiar por otro terapeuta, con o sin inclusión del paciente. En ambos estilos de trabajo, el contacto del analista del niño con los padres es mínimo y el desconocimiento de la historia familiar y del lugar que ocupa el pequeño en ésta suele ser muy grande. Dicho tipo de enfoque, directamente relacionado con el que Melanie Klein creó y desarrolló con Dick (4) tiene a la vez un enorme valor y graves inconvenientes. La gran importancia que para mí tiene este trabajo individual con nuestros pequeños pacientes fue planteada en algunos escritos previos (13) (14), ya que a través de él se intenta poner en marcha el proceso de organización del psiquismo a partir del nuevo vínculo analítico. En muchos casos de psicosis infantil está en juego

* Presentado y discutido en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en agosto de 1991.

** Presidente Carranza 63, Colonia Coyoacán 21, México D.F., México.

incluso el nacimiento mismo del sujeto psíquico lo cual puede ser conceptualizado de diferentes maneras.¹ Es a partir de que se instala una represión funcionante que surge la posibilidad de inscripción de una nueva historia, que se construye a la vez con el analista y con la familia.

La intervención sobre el grupo familiar, ya sea como proceso paralelo realizado por otro terapeuta o directamente por el analista del niño, tiene como finalidad más evidente y generalmente aceptada promover relaciones más adecuadas, modificar funcionamientos patológicos, cortar círculos viciosos y estereotipias. La atención podrá dirigirse a las distorsiones de la comunicación, al funcionamiento de la familia como sistema o al nivel inconsciente de la patología de los miembros y del grupo.

Pero a mi entender este trabajo es insuficiente y no da cuenta verdaderamente de un hecho esencial de esta patología, o sea hasta qué punto **el niño psicótico surge de una intertextualidad que se inscribe como historia**. He discutido largamente (11, 12) sobre todo con quienes creen en la exclusiva etiología orgánica del autismo y de otras formas de psicosis infantiles, las razones que desde el psiquismo de la madre intervienen para que, en muchos casos, resulte tan inaccesible un bebé, para que la barrera que se levanta entre ellos sea tan infranqueable. Me parece evidente que, en general, es posible encontrar factores maternos (y paternos) que acentúan dicha barrera o incluso contribuyen a crearla.

Hay una afirmación básica sostenida por Françoise Dolto y por Jacques Lacan que dice que **la producción de un psicótico requiere por lo menos de tres generaciones**. E infinidad de veces la he repetido yo misma, pues la he visto confirmada ampliamente en mi experiencia clínica. La existencia de genealogías extrañas cargadas de muertos significativos, pero con frecuencia considerados “sin importancia” en las familias afectadas, de duelos no elaborados y cargas mortíferas mantenidas en secreto, se fueron haciendo cada vez más relevantes en mi práctica. Percibí con mayor agudeza que nunca, que es la madre quien sostiene la supervivencia simbólica del niño pero que, en ocasiones, no está capacitada para hacerlo. Plantearse lo genealógico es un modo de comprender esa incapacidad, pero en absoluto debemos olvidar que no es una continuidad clara y que hay un salto importante, una suerte de ruptura cuando surge el niño psicótico en una familia. Lo genealógico nos envía por un lado a la dimensión de lo real y por otro al enigmático mecanismo de la forclusión. Para este enfoque ambas

¹ Estudié este problema desde el punto de vista de los procesos identificatorios y su evolución, considerando la sustitución de las Identificaciones primitivas de naturaleza imaginaria por una identificación totalizadora, simbólica, núcleo del yo y base de las Identificaciones secundarias posteriores (9).

ramas parentales resultan igualmente importantes y por lo tanto ya no es sólo la madre la que ocupa el lugar central.

Es también imprescindible recordar que esta nueva búsqueda de lo genealógico, para nada excluye que el analista siga sosteniendo una relación cuidadosa con los padres de acuerdo a la técnica habitual. Es de enorme importancia hacer conciencia de las consecuencias de nuestras actitudes con ellos. Ni la tan criticada posición acusatoria de unos, ni la tan deseada negación de toda responsabilidad de otros, resulta adecuada. La inevitable relación transferencial con los padres merece una constante atención. Aunque dicen aspirar a un cambio, sabemos que también cuidan el equilibrio patológico del cual dependen profundamente. ¿Pueden tolerar el movimiento y la inestabilidad? ¿Es lo mejor que “reconozcan” ciertos niveles de los problemas que han transmitido sin conocerlos conscientemente? Muy variables son las opiniones al respecto y fuera del alcance de este texto su discusión, sin embargo no quise dejar de mencionar estos problemas antes de dar el salto hacia otra dimensión de la relación que existe entre el niño psicótico y sus padres.

Ubicación de lo genealógico

En una presentación anterior de estas ideas había elegido el siguiente título: “¿Es la psicoterapia de las psicosis infantiles una experiencia correctiva o historizante?” (15). Con la forma interrogativa intentaba enfatizar, en primer lugar, el carácter polémico de mi planteo, y también subrayar que, aún desde un enfoque psicoanalítico, la consideración de la dimensión histórica en estos feroces trastornos de la humanización no ha alcanzado la relevancia que merece. Una serie de factores parecen contribuir para que los investigadores y los clínicos tiendan a olvidar la trama familiar que está en juego cuando se diagnostica a un niño de autista o de psicótico. La sospecha de organicidad, aún la indemostrable, suele pesar más que el drama humano observable y la precocidad de instalación del cuadro, sumada a lo rudimentario del desarrollo psíquico, apoya la fantasía de que se parte de cero, como si no hubiera nada antes, como sí el psicótico por estar sumergido en su mundo no compartible quedara fuera del tiempo y de los lazos interpersonales.

Quiero volver a aclarar, como lo señalé al principio, que mi pregunta no buscaba marcar una real oposición entre lo correctivo y lo historizante, que ambas formas o enfoques de la intervención psicoanalítica son esenciales en la práctica y que deben complementarse en cada tratamiento. Pero en los hechos ocurre con frecuencia que la

dimensión histórica suele ignorarse o sufre un deslizamiento tergiversador. Si nos basamos en la teoría del desarrollo y consideramos la falta de estructura psíquica o el carácter bizarro de ésta en los niños psicóticos, resulta evidente que la creación del vínculo, el proponerse como objeto y trabajar desde esta perspectiva es tan difícil como imprescindible. Tenemos así el fundamento de una actitud correctiva. Conceptos como el de “preocupación maternal primaria” y “holding” de Winnicott (17), “matriz extrauterina” y “experiencia simbiótica correctiva” de Mahler (7), “continente-contenido” de Bion (2) y hasta el “new beginning” de Balint (1) acuden a nuestra mente y resultan muy adecuados para introducirnos en la barrera autista y para comprender y superar los períodos de regresión que debemos transitar con estos niños para comenzar su integración al mundo humano.

De esta manera, se crean a la vez una nueva relación y una “nueva historia”. Historia que suele pensarse desde los datos del desarrollo normal y que es común para todos los niños, solamente matizada por los eventos que fueron dándose en el curso del tratamiento. He ahí la base de mi discrepancia. ¿Podemos limitarnos a esta “historia” neoformada? ¿Qué ha ocurrido antes y qué hacemos con la otra, con la verdadera historia, con la que comienza en las generaciones anteriores y marcó traumáticamente a los progenitores y luego al niño? En la gran mayoría de los casos se la ignora, unos pocos la investigamos más a fondo y nos convencemos de su tremenda significación. Pero si ahora disponemos de ella ¿qué nos aporta para nuestra intervención con el paciente y su familia? ¿Cómo la incluimos? Son estas preguntas que me vienen inquietando desde hace varios años y hasta hace bastante poco las había dejado sin respuesta. Utilizando un ejemplo clínico trataré de mostrar algunos pasos dados en el camino de su contestación, así como la teorización con que la sustenta.

Antes de pasar a la situación clínica quisiera extenderme algo más sobre el tipo de información a la que me estoy refiriendo y al modo de obtenerla. Lo primero es tener muy presente que una aproximación detallada y cuidadosa de la familia para comprender el lugar que ocupa ese niño en las generaciones no es una información más, sino que se trata de un material privilegiado con el cual empieza a elaborarse una forma de reconstrucción psicoanalítica de la historia. Para que esto sea posible estableceremos una escucha del inconsciente desde el comienzo, lo cual es muy diferente a la conocida y en general rutinaria “historia del desarrollo” que tiene otro sentido, pues se basa en la idea de una “recopilación objetiva de datos” del nivel de la “historia natural de la enfermedad”. El primer paso *es* efectuar entrevistas abiertas totalmente o apenas dirigidas, realizadas a ambos padres, juntos e individualmente y *si es* importante a

abuelos, tíos o quien consideremos relevante en la historia. El relato así obtenido no es en absoluto lineal pues se enriquece con digresiones, se ramifica, se complica y esto es lo mejor para ir más allá de lo manifiesto. Es un texto que no se cierra o completa nunca, ya que cuando nos aproximamos en el tratamiento a ciertos puntos significativos, vemos cómo adquiere nuevos sentidos y es preciso volver a entrevistar a los familiares para ampliarlo. He aquí un aspecto importante: es desde el material de las sesiones que nos hacemos nuevas preguntas cuya respuesta tratamos de hallar en los adultos.

Ocurre sin embargo que, aunque nos parezcan apasionantes, estas historias no son fáciles de comunicar porque en la mayoría de los casos los datos lindan con lo increíble y resultan tan extraordinarios que suenan a “cuento”. Cuando una distinguida colega europea me comentó, a propósito de un trabajo anterior mío sobre este tema, me dijo que ella no encontraba hechos tan tremendos como los que yo describía en sus pacientes autistas. Me limité a preguntarle si ella profundizaba en las historias con cuidado, tal como yo lo recomendaba y por supuesto me respondió que no. ¿Qué de doloroso y terrible se juega en la genealogía de nuestros pequeños psicóticos que cuesta tanto saber sobre ella?

¿Qué encontramos? Que hay hechos, detalles muy particulares, muy insólitos en la historia del padre y de la madre en varias generaciones. Que el niño ocupa un lugar muy especial en una encrucijada de esas dos historias y que los efectos de ello recaen sobre su crianza, sobre su cuerpo, sobre la relación del niño con sus padres y en general con el mundo. Que al acercarnos durante el análisis a estos hechos, van surgiendo aspectos más sorprendentes y con frecuencia siniestros, que vienen directamente del material de las sesiones.

Quiero aclarar que decir que la madre es fría o psicótica, o que el padre es tiránico y maltratador o afirmaciones por el estilo, para nada refleja nuestros hallazgos en lo que tienen de dramático, ni describe el extraño pegoteo que en general presentan estas familias. ¿Qué habría detrás de la obsesividad de los padres de los autistas de Leo Kanner? Reflexiones sobre este problema han sido presentadas en un trabajo anterior que utiliza el actual enfoque en que lo genealógico toma un lugar central. Tanto más central cuanto más oculto se encuentre (11).

Martín y las historias

De Martín he hablado y escrito en otras ocasiones. Mi relación con su historia se ha ido completando a lo largo de años, y su complejidad, ese efecto creador de un **sentido siniestro**, que sobrecoge y que se infiltra en la trama de su vida desde las generaciones se ha ido **abriendo paso** en mí trabajosamente. **La verdadera resistencia es la del analista**, dice Lacan.

En 1987 presenté esta viñeta en un trabajo titulado “En el fondo del espejo” (12), para jerarquizar el tipo de “situaciones especulares” que estaban presentes en las sesiones:

Martín tiene seis años. A los tres aún no había adquirido el lenguaje y se diagnosticó autismo. Ha estado en tratamiento psicoanalítico desde entonces. En el momento de la sesión atraviesa por un período de agresión que se exagera al ser sometida la madre a una pequeña operación del seno, Martín propone un juego de roles y representa personajes de diferentes grados de maldad (monstruo, gato pícaro, fantasma, etc.) que me atacan y asustan. De pronto al pasar ante el espejo queda como capturado por la imagen. Transcurren algunos minutos y le pregunto: “¿Qué ves?” Sin moverse dice: “Nada, no se ve nada porque es un fantasma”. Le digo: “¿No está Martín?”... Me siento ignorada. Tiene los ojos fijos en su imagen y luego de unos momentos insisto: “¿Qué ves?, ¿qué pasa?”, pero ya no contesta. Al rato empiezo a notar que, muy lentamente, va acercando su cara al espejo hasta apoyar su nariz en la superficie en un gesto que me recuerda a Narciso uniéndose con su imagen en el río. Luego de unos momentos se separa en forma brusca y sale corriendo por el cuarto haciendo una serie de movimientos bizarros, aleteos y otros manierismos acompañados de ruidos guturales, que en la época autista eran muy frecuentes y ahora sólo aparecen esporádicamente en momentos angustiosos. Le digo que a veces se siente muy malo conmigo y con mamá y que así se vio en el espejo y por eso se asustó mucho y ya no se vio más. Se va calmando lentamente pero queda confuso, como perdido, hasta el fin de la sesión.

La historia de Martín que presenté en ese momento estaba muy incompleta, sólo gradualmente en las entrevistas mensuales que mantengo con los padres pude captar los detalles que rodean su nacimiento, que son los que verdaderamente aportan un carácter siniestro al relato.

En la primera versión de la historia alcancé a saber que Martín es el segundo varón de un matrimonio de jóvenes e inteligentes profesionistas. Hasta los dieciséis

meses de edad la abuela materna vive en la casa y se encarga totalmente del bebé, debido a las ocupaciones de la madre. A esa edad la abuela parte bruscamente y regresa a su casa ubicada en otro país. Poco después cambian de empleada doméstica –que también cuidaba mucho al bebé– y se mudan de casa. En esa etapa, en que se acumulan ausencias, grandes modificaciones del entorno y en que por vez primera queda al cuidado exclusivo de su madre, Martín pierde muchos avances que había obtenido en su desarrollo y se instala el cuadro autista. “Fueron demasiados cambios y pérdidas para el bebé, pero entonces no nos dimos cuenta”, me dicen los padres. Interrogados sobre algún otro hecho importante de la historia de ellos me relatan que en la familia materna hay una muerte de gran importancia: Marcos, el tercer hijo, segundo varón de la fratría, diez años menor que la madre, muere a los dieciocho meses de edad de meningitis. Hasta aquí la primera versión de la historia, que me es relatada sin demasiada carga emocional. Lo del bebé fallecido es transmitido como un dato más que ya sabían que interesaba a los psicoanalistas, pues anteriormente un colega les había dicho que Martín cargaba con esa muerte; esto les resultaba bastante incomprensible afectivamente, aunque eran capaces de repetirlo intelectualmente, como quien relata una opinión ajena con la que no se puede hacer nada.

Y yo tampoco hice nada por un tiempo, nada más que registrarlo. Hasta que del material de las sesiones de Martín surgieron índices de que alrededor de la época del nacimiento y quizás antes habían ocurrido hechos de gran significación en los que era preciso profundizar y que tenían que ver directamente con el sufrimiento del niño; algo que se mantenía escondido y requería ser investigado. El símil arqueológico dominó por mucho tiempo mi mente, sobre todo porque sabía que había que ser muy cuidadosa y no romper lo que deseaba rescatar. Padres intelectualizadores, ejercitados a responder durante muchos años a los diferentes especialistas, dispuestos a colaborar mucho pero acostumbrados a poner todo el problema en el niño, requerían mucho tacto. Lo que encuentro “excavando” en ese pasado es una terrible etapa de dolor, hostilidad y culpa que anuda la vida de estas dos mujeres de una manera muy particular durante la corta vida de Marcos. Aquel bebé había sido un objeto de rivalidad y celos entre madre e hija y no sólo un “hijo” compartido como inicialmente habían manifestado. La madre de Martín, casi púber, se pone muy celosa por el nacimiento de su hermanito, pero también lo cuida, aunque con ambivalencia. La muerte del pequeño cae como un rayo y se suma poco después la enfermedad del padre que fallece cuando ella cuenta con quince años. El luto fue riguroso en la familia, también para la adolescente; visitaban varias veces por día el cementerio y no se podía reír. Un día que la jovencita se puso a cantar su

madre le dijo: “Ahora sí estás contenta porque se murió mi hijito”. Todos los objetos que habían pertenecido al bebé fueron guardados cuidadosamente como esperando su vuelta.

Y pasan los años. Poco después de la boda, los padres de Martín emigran por un conjunto de razones explícitas: políticas, económicas y de perfeccionamiento profesional y también, en el fondo, por alejarse de las familias respectivas. Cuando nace su primer hijo la abuela no está en el país, llega a conocerlo a los seis meses y todo es normal. En cambio cuando nace Martín, el segundo varón de la fratría, la abuela desembarca quince días antes del parto y trae como presentes la toalla y la colonia del bebé muerto, a medio usar, que tan largamente había guardado.

“... y yo no me opuse, fue un error... no sabía qué hacer... sí, usó toda la colonia... y la toalla. Mi mamá se ocupaba de él todo el día, yo llegaba en las tardes, le daba la última comida, lo bañaba (!) y lo dormía...” relata la madre con una inexpresividad de autómatas (aunque en otros momentos puede ser una madre bastante sensible y preocupada por su hijo). De esta manera ella devuelve a su madre aquel niño perdido y colabora de manera inconsciente en la confusión con el muerto. Además, en el nombre elegido para el recién nacido, **Martín**, en que los padres en forma explícita tratan de poner algo nuevo, se repiten fatídicamente las dos primeras letras de **Marcos**.

La abuela cuida al bebé y mientras lo hace el pequeño se desarrolla aparentemente bien. Pero cuando está aproximándose la edad en que murió su hijo, parte bruscamente sin existir razón objetiva para ello, como aterrada de que pudiera repetirse la historia. Poco después, con la mudanza de domicilio, estos padres que como los de tantos niños autistas, son eficientes y en momentos claves tremendamente fríos e insensibles, hacen desaparecer “por razones prácticas” los juguetes y la cuna de Martín. Se produce entonces y casi de inmediato, otro corte sorpresivo y desorganizador, brutal para el pequeño. La frágil estructura psíquica lograda se desmorona.

En el fondo del espejo Martín sólo ve un fantasma, no se reconoce; en los ojos de la madre sólo halla a otro muerto y el conflicto entre las dos mujeres. ¿Y el padre del niño? Hijo de un padre autoritario y rígido que muere cuando él apenas comienza la adolescencia y de una madre extremadamente religiosa, está presente pero sin entender lo que ocurre, todo lo permite sin intervenir casi. La falta de empatía de ambos padres en todo ese período es impactante. Dos “anécdotas” más que me erizaron la piel al enterarme. Cuando Martín le pregunta: “Mamá, ¿yo vivía en tu panza antes de nacer?”, ella le responde: “Los niños viven cuando salen de la panza, antes son fetos”. Y para aumentar las dificultades, hace poco me entero que la madre de manera cariñosa

acostumbra llamar a Martín diciéndole “Mamita”, lo cual muestra que en algún sentido para ella su madre y su hijo se confunden y el niño la representa ahora que la abuela está lejos.² Afortunadamente en este momento el padre sí interviene, le señala la confusión y la presiona a abandonar ese hábito.

Martín y los mitos

Hasta aquí la nueva versión histórica; hasta aquí el impacto de la extraordinaria ampliación de nuestra comprensión que esta indagación nos aporta. Pero ¿qué hacemos con esto? ¿Nos quedamos con el paquete o lo restituimos? ¿Cómo?

Hay una forma de intervención posible a nivel de la familia que se va intentando pacientemente durante todo el proceso, tratando de no dejarnos ganar por la desilusión cuando una y otra vez chocamos con la negación y la disociación tan eficaces en estos casos; el dar más ingerencia y peso a la palabra del padre es uno de los aspectos más importantes tal como puede verse en el pequeño ejemplo que acabo de mostrar. Pero lo que me preocupa más se refiere al propio niño. ¿Hay inscripción de estos hechos, tienen efectos en el psiquismo de Martín? ¿Podemos considerarlos otra dimensión de ese **saber que no se sabe** del inconsciente? Tengo la seguridad de que en la situación especular descrita está presente de algún modo esta historia, y en muchos otros momentos, especialmente cuando hay vivencias psicóticas. Dicho de otra manera, planteo que esta historia generacional tuvo que ver con la génesis del trastorno y actualmente se relaciona con el funcionamiento psicótico residual del niño. Si es así, ¿cómo ponerla en palabras, cómo incluirla en el discurso? Es algo no solucionado, como tampoco lo está, a mi entender, la conceptualización metapsicológica de estos recuerdos sin palabras que nos llevan al misterioso terreno de los orígenes simbólicos del ser humano. Si vuelvo a retomar este caso es porque creo haber progresado un poco en responder estas preguntas.

Martín interrumpió un año su tratamiento porque se ausentó del país. Vivió cerca de su abuela, no en su casa por sugerencia mía, regresando luego a México y a las sesiones psicoanalíticas conmigo. Tiene ya entonces diez años y va a una escuela especial donde cursa tercer año, es muy amable y despierta cariño pero sigue siendo un poco raro. En las sesiones juega, inventa historias y me pide que las actuemos; a veces dibuja, sobre todo helicópteros. Un buen día llegan a la sesión los cuentos de hadas.

² En México es usual que los padres llamen cariñosamente “Mamita” o “Papito” a sus hijos, pero lo que es insólito es el cambio de género, que deja deslizar el sentido inconsciente que tiene este hijo para la madre de Martín.

Primero me pide que se los relate y como niño antes de dormir, se acuesta en el diván y los “devora” con fruición. Luego empieza a pedir que los representemos de acuerdo a su guión; en ciertas ocasiones ha dibujado algunas escenas. A veces es teatro, otras dice estar filmando una película, que incluso puede ser en inglés, para lo cual me pide escriba los subtítulos. Los dos cuentos preferidos son Blancanieves y la Bella Durmiente. El modo en que hace el relato, en que desarrolla, modifica o tacha los personajes toma sentido un buen día para mí; ese día, resalta sobre el fondo de una repetición que parecía resistencial, **un texto que se vuelve legible y que empieza a hablar, utilizando los mitos de nuestra época –estos son los cuentos de hadas–, de la historia-mito personal de Martín.** Ocurre así. Me comenta que Blancanieves y la Bella Durmiente le gustan porque son muy bellas. Le señalo que las dos deben luchar contra brujas muy malas. Asiente y tomando un espejito de mano se mira con embeleso narcisista y dice: “Tú pregúntame, tú eres la reina mala. **Yo soy el espejito, siempre voy a ser el espejito como me gusta...**” Un escalofrío me recorre y digo: “Espejito, espejito, dime quién es la mujer más bella del mundo”. E impostando la voz responde: “Tú eres la más bella, ama mía”. Recuerdo en ese momento la frase publicada años antes sobre el material de este mismo paciente (p. 92): *“En el fondo del espejo, en los ojos de su madre (y de su abuela) Martín sólo encontró la muerte. Sin lugar en su generación, cayó a través de la superficie del espejo, sin conseguir reconocerse a sí mismo”*. Me di cuenta asombrada de que **el mejor lugar para no verse es ser el espejo mismo** y corroboré también lo que allí decía de la gran ambivalencia con la madre que se estaba poniendo en Juego.

Desde entonces sentí que había retornado el mito de Teseo (que había acompañado la fundación del Grupo)³ y que había encontrado el hilo de Ariadna que podía sacarnos del laberinto, no en forma infalible pero sí posible. Un hilo que se teje y desteje en las sesiones, que se esconde y reaparece y que no deja de generar nuevas versiones del drama, donde Martín cambia y representa cada vez más diferentes personajes, porque es capaz de ocupar otros lugares subjetivos.

Rápidamente les contaré las escenas principales. La del espejo es central y tiene varios matices, ya que, interpretándole yo que el espejo es esclavo, que es un objeto que nunca se ve a sí mismo, empieza a identificarse cada vez con más frecuencia con el pastor que tiene en sus manos la vida de Blancanieves y la deja escapar. En una ocasión el pastor Martín dice: “No puedo matarte bella niña, eso está contra la naturaleza”. “Yo

³ Se refiere a la Asociación Mexicana para el Estudio del Retardo y la Psicosis Infantil. **Grupo Teseo**, que fue fundada en mayo de 1987, en la ciudad de México, por un grupo de investigadores en este campo en el que está incluida la autora.

he matado animales para comer pero nunca maté gente” y decide sacrificar un venado para engañar a la reina llevándole su corazón en lugar del de Blancanieves. Pero a partir de esta desobediencia pasa a ser el perseguido por la reina bruja, porque el espejo, papel que retoma con fruición, siempre dice la verdad. Es así que denuncia que Blancanieves sigue con vida y que el pastor Martín es un traidor, por lo que es detenido por soldados y condenado a muerte.

Algunas puntualizaciones: la escena de la bruja disfrazada de viejecita que lleva la manzana envenenada tiene mucha importancia en su guión: yo soy la bruja y él representa a Blancanieves pero luego pasa a ser el príncipe salvador que lucha con la bruja, a la cual castiga envenenándola con su propia manzana. Los enanitos aparecen muy brevemente o nada en su cuento, como que esos personajes amables no le importaran demasiado. Blancanieves y el pastor Martín se salvan a la vez y la escena del beso con que el príncipe rescata a Blancanieves está muy jerarquizada.

Quiero aclarar que en las sesiones siguen persistiendo otros juegos y que, sobre todo, aparecen varios otros cuentos alternando con el ya descrito.

La historia de la Bella Durmiente y su modo de relatarla me produjo también gran impacto por la relación que tiene con la historia del pequeño Martín. Se desarrolla y complejiza paralelamente a la de Blancanieves a medida que el niño propone versiones actuadas por nosotros, otras representadas por muñecos y en una ocasión dibujada en forma de comics. El cuento empieza cuando la reina dice que quiere tener un hijo y el rey muy firmemente le dice: “Pues lo vas a tener”. Hacen el plan de la fiesta a la que no van a invitar al hada mala o bruja (así la designa indistintamente) y luego viene la escena de la fiesta que se va enriqueciendo en detalles. Un día el cuento de Martín invade mi espacio onírico y me despierto con la imagen de una bola de fuego que llega a la fiesta en que se celebra el nacimiento de la niña (así la describe Martín). De la bola sale la bruja trayendo el maleficio que primero es de muerte y pasa luego a ser un sueño de cien años. Horrorizada, con la sensación de estar presenciando algo siniestro, caigo en la cuenta de que mi paciente está representando así la llegada de la abuela con la toalla y la colonia del hijo muerto a medio usar. Desde antes de nacer Martín debía morir a medias, dormir cien años o ser autista casi mudo los cuatro primeros años de su vida. Pero creo que más me asusté cuando vi que hay otro lugar que él ocupa en esta historia. El modo de control que tiene la bruja sobre lo que ocurre en el castillo es una bola de cristal; así sabe de la fiesta del nacimiento y de que la niña cumple quince años. En una sesión representa dicha situación poniendo su cabeza en mi regazo (yo hago de bruja) y diciéndome que pase mis manos sobre ella como sobre una bola de cristal. El

entonces dice: “Hay una fiesta, ha nacido una niña, etc.”. Ser el espejo y la bola de cristal de la madre-abuela omnipotente le fascina; son roles que lo atraen y lo aprisionan. ¿Querrá, podrá salir de ese lugar? Ellas disputan la vida de un hijo común que atraviesa el tiempo y el espacio y queda inmóvil: Mar-tín y Mar-cos, a medias el mismo hasta en el nombre. ¿Podrá salir de ese lugar de sueño casi eterno que pesa sobre él y arrancarse de esa ubicación fascinante de instrumento narcisista de control sobre la vida de la otra, madre sobre hija y viceversa?⁴

Muy brevemente me referiré a las características de la **contratransferencia** que debí superar durante este proceso psicoanalítico. Como ya sabemos, especialmente cuando de niños psicóticos se trata, quien sostiene el proceso sobre todo inicialmente es el psicoanalista; es su deseo el que sale a la búsqueda de la creación del deseo del paciente, lo cual es la base de la instalación de una transferencia. En el presente y desde hace ya mucho tiempo Martín tiene una intensa relación transferencial conmigo. El modo en que toleré un año de separación me hace pensar en una parte muy recuperada, que funciona muy neuróticamente y de la que no he hablado expresamente aquí, pero que es condición de lo expuesto en estas páginas, o sea, que para que alcance este nivel de expresión la conflictiva psicótica de fondo se requiere un aparato psíquico bastante estructurado.

Ya he citado algunas de las emociones que han acompañado y a veces anticipado la comprensión de ciertos materiales muy impactantes: horror, sorpresa, susto, impotencia, pero también interés y curiosidad enormes. Viví también la invasión de mi espacio onírico, y con cierta frecuencia en algunos períodos una somnolencia irresistible en las sesiones que me resultaba desesperante e ilógica, porque en absoluto me sentía aburrida y al contrario estaba muy interesada en oír. Creo que la causa fundamental de esta reacción es el “ataque al pensamiento” (Bion, 2), que lo defiende de que yo comprenda y mueva lo doloroso de su intimidad. Pero por supuesto siempre favorecida por cualquier insuficiencia en mi disponibilidad psíquica durante la sesión, como por ejemplo fatiga, preocupación o tristeza. Es el triunfo del lado dormido, siniestro, de

⁴ La evolución del texto de los cuentos me ha hecho sentir optimista ya que, en los seis meses posteriores a la escritura de este trabajo el personaje central pasó a ser el pastor Martín, acosado por la reina bruja para cortarle la cabeza por traición, y defendido por su padre, el rey de las Montañas más Lejanas, que lucha para liberarlo. El pacto es que se resuelva por medio de un partido de fútbol que, por supuesto, ganan los pastores contra los soldados de la reina. Al final es expulsada a su castillo y se le prohíbe regresar al país de las Montañas más Lejanas. La angustia que manifiesta Martín durante estas luchas es tan Intensa que parece estarse realmente jugando su vida en estos partidos. La visita prolongada de la abuela a la familia, en ocasión del undécimo cumpleaños de Martín, ha sido un hecho muy significativo durante este período.

Blancanieves, de la Bella Durmiente, de Martín autista, de mí-psicoanalista, también prisionera en su bosque encantado.

Llegamos por último al delicado problema de la forma de intervención ante este tipo de material. Interpretaciones y construcciones deben encontrar su lugar, su tiempo y su modalidad. Tratándose de psicoanálisis de niños en el cual jugando, actuando, modelando, se interpreta en muchas ocasiones más atinadamente y mejor que hablando, la verbalización no resulta lo central. Es Winnicott un buen modelo en este sentido. Pero sí pienso que además de jugar hay que verbalizar y hacerlo desde una posición que nos rescate de lo imaginario cautivante antes citado. La interpretación da cuenta del funcionamiento del aparato psíquico, y es el modo adecuado de intervenir respecto al conflicto persecutorio y a la fascinación especular que captura a Martín. Lo que recomiendo es hacer interpretaciones cuidadosas, pocas en número y precisas en su forma, que no sean traducciones de lo preconscious sino lecturas de lo inconsciente.

En cuanto a las construcciones o a la transmisión de la historia reconstruida creo que hay que ser muy reflexivo y observador antes de usarlas directamente. Las construcciones están en nuestra cabeza y nos dan una referencia central con respecto a la cual conectar las interpretaciones. No debemos creerlas a pie juntillas porque son necesariamente incompletas y aproximativas. Las construimos en cierta medida desde nuestra propia locura y por eso para algunos pueden parecer delirantes. Con ellas intentamos explicar la estructura y, sobre todo, recuperar ese fragmento de verdad que pertenece a la historia del conflicto pulsional e intersubjetivo y que en estos casos también daría cuenta del conflicto generacional. Cuando las vemos desarrollarse y ampliarse desde el material de las sesiones, como ha ocurrido con los cuentos de Martín, nos hallamos ante una suerte de confirmación de las hipótesis que merece mayor reflexión e investigación para que nos aporte al máximo su utilización clínica. Creo que se está imaginarizando de ese modo algo que parecía no tener palabras, he ahí lo más interesante. Me parece evidente que una construcción que privilegie la trama de la historia, comunicada precozmente, corre el riesgo de ser inductora o reduccionista de la fantasía inconsciente que tan cuidadosamente tratamos de descubrir. En Martín algún tímido intento que hice en ese sentido no tuvo otro destino que el de ser ignorado. Ahora pienso que esa respuesta fue la mejor. Tengo la suerte de ir a su lado, sin adelantarme, sin correr, esperando sus señales, a sabiendas durante todo este trayecto que es él quien sabe, quien ha oído y visto todo. (Lacan) (5)

Bibliografía

1. BALINT, M. *La falta básica*. Paidós, Buenos Aires, 1982.
2. BION, D.W. *Volviendo a pensar*. Hormé, Buenos Aires, 1972.
3. DOLTO, F. *Seminario de psicoanálisis de niños*. Siglo XXI, 1982.
4. KLEIN, M. *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo*. En "Contribuciones al psicoanálisis", Hormé, Buenos Aires, 1964.
5. LACAN, J. Conferencia sobre el síntoma dictada en Ginebra en 1975.
6. LÉBOVICI, S. y MC DOUGALL, J. *Un caso de psicosis infantil* Presses Universitaires de France. París, 1960.
7. MAHLER, M. *Las vicisitudes de la individuación. Psicosis infantil* Ed. Joaquín Mortiz, México, 1972
8. MANNONI, M. *El niño, su "enfermedad" y los otros*. Ed. du Seuil, 1967.
9. PANKOW, G. *Estructura familiar y psicosis*. Ed. Aubier Montaigne, París, 1977.
10. PLA, E.P. de y CRUZ, M. *El misterio de los orígenes. Procesos identificatorios en el tratamiento de los niños psicóticos*. 34° Congreso de la IPA, Hamburgo, 1985. Publicado en Revista de Psicoanálisis, XLII, N° 5, 1985.
11. PLA, E.P. de *El niño y la escuela* en "Psicosis infantil y retardo mental" N° 3, México, 1991.
12. PLA, E.P. de *En el fondo del espejo*, en "Cuadernos de Psicoanálisis", Vol. XX, N° 1-2, 1988.
13. PLA, E.P. de *Infancia y locura*, en "Psicosis infantil y retardo mental" N° 1, México, 1989.
14. PLA, E.P. de *Un aporte al controvertido campo de la etiología de la psicosis infantil* en "Psicosis infantil y retardo mental" N° 2, México, 1990.
15. PLA, E.P. de *¿Es la psicoterapia de las psicosis infantiles una experiencia correctiva o historizante?* Presentado en el XXXII Congreso Mexicano de Psicoanálisis, diciembre de 1990, Guadalajara, Jalisco.
16. PLA, J.C. *Escena, fantasía y escritura transindividual* en Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 59.
17. WINNICOTT, D.W. *La preocupación maternal primaria*, en "De la pediatría al psicoanálisis". Ed. Payot, París, 1975.